

los intereses de su pueblo. Por sus obras y sólo por sus obras es como se juzga y se legitima á un gobierno. Fuera de esto, todo es artificial y pura argucia. Pero á Luis XVIII, que fechaba sus actos en el décimonono año de su reinado, no podía oponérsele ningún argumento mejor que la soberanía del pueblo ejercida en las alcaldías y notarías escribiendo *sí ó no* en un despreciable registro. Ambas conductas eran la una digna de la otra.

Napoleón apreciaba estas teorías en todo su valor, pero escogió la lógica convencional para responder á la lógica realista, y dió á aquélla su asentimiento en los siguientes términos:

«Los príncipes son los primeros ciudadanos del Estado. Su autoridad es mayor ó menor según el interés de las naciones que gobiernan. La misma soberanía no es hereditaria más que cuando lo exige el interés de los pueblos. Fuera de estos principios, no reconozco la legitimidad.

»He renunciado á las ideas del gran imperio, cuyas bases no había hecho todavía más que plantear en quince años. En lo sucesivo la felicidad y la consolidación del imperio francés serán el objeto de todos mis pensamientos.»

Lo que verdaderamente importaba en todas estas manifestaciones era el formal abandono del antiguo sistema del imperio guerrero y conquistador, la renuncia del poder arbitrario, la promesa de conformarse estrictamente con la legalidad, y el compromiso de dar instituciones que garantizasen la libertad de la nación y la buena administración de sus intereses. Napoleón se hallaba dispuesto á cumplir este compromiso lo más pronto posible, aunque no fuese más que para justificarse por haber impulsado á la Francia en una nueva revolución; pero era natural que haciendo seis días que había llegado á París hubiesen exclusivamente absorbido su atención el cuidado de apoderarse de las riendas del Estado, el de establecer sus primeras relaciones con las potencias extranjeras, el de preparar la reorganización del ejército y el de expulsar del territorio á los príncipes sus rivales. Esta última parte de su tarea no estaba completamente terminada; aún tenía que librar el Mediodía de las insurrecciones realistas, pero ocupándose de esto con actividad, podía en pocos días conseguir sus deseos.

Con efecto, el restablecimiento de la autoridad imperial no encontraba en ninguna parte obstáculos serios, á pesar de algunas conmociones vivas, pero locales y destinadas á ser pasajeras. En el Oeste, los jefes vandeos, aturdidos con la noticia de la caída de los Borbones, comprendían confusamente que en cierto modo era suya la culpa de esta catástrofe y no se atrevían á concebir ningún proyecto de insurrección al ver el desaliento que reinaba en el campo, la alegría que dominaba en las ciudades, y sobre todo al pensar en el enemigo que debían combatir, enemigo dispuesto á ser con ellos, según su conducta, bienhechor ó terrible. Algunos chuanes de profesión, algunos aldeanos bretones ó vandeos, impulsados por su antigua fe, se hallaban prontos á moverse; pero sus generales, sin el apoyo de la Inglaterra, sin su dinero y sus municiones, sin el auxilio de una guerra general, no querían intentar una guerra civil.

Así, pues, el general Morand no encontró en la Ven-

dée ninguna dificultad que vencer, y después de mandar enarbolar la bandera tricolor en las dos orillas del Loira, se disponía á acudir en auxilio del general Clausel, que tampoco necesitaba su socorro. Este último recogió en Angulema algunos destacamentos de milicia nacional y de gendarmería, y después se dirigió hacia el Dordoña, despachando á la guarnición de Blaye un oficial probado para afiliársela. Esta guarnición constaba de algunas compañías del 62.º regimiento que residía en Burdeos, y no tardó, así que supo los sucesos de París, en pronunciarse por el emperador, destacando ciento cincuenta hombres que salieron al encuentro del general Clausel en Cubzac. Este ilustre general llegó, pues, al borde del Dordoña con cien gendarmes, ciento cincuenta del 62.º y trescientos ó cuatrocientos milicianos. Habiendo sido cortado el puente de Cubzac, se detuvo el general en la orilla derecha del río mientras que los voluntarios bordeleses ocupaban la orilla izquierda. Después de haber sufrido algunos cañonazos mal dirigidos, logró restablecer el paso del río por medio de barcas recogidas aquí y allá, y parlamentó con el jefe de los voluntarios, que se apresuraron á evacuar el *entre ambos mares* (así se llama el terreno comprendido entre el Dordoña y el Garona). El jefe de los voluntarios era Mr. de Martignac, después ministro del rey Carlos X, persona muy querida de su generación por la moderación de su carácter y la elocuencia y el encanto de su palabra. El general Clausel le comunicó los sucesos de París, que se esforzaban en ocultar á la población de Burdeos á fin de prolongar las ilusiones y la resistencia de aquellos habitantes. El general no necesitó mucho trabajo para demostrar á Mr. de Martignac que toda resistencia formal sería inútil y no haría más que atraer desdichas á una ciudad grande é interesante. Mr. de Martignac prometió volverse á Burdeos, transmitir las comunicaciones del general y enviar en breve tiempo una respuesta exigida por la necesidad. El general siguió de cerca á Mr. de Martignac y acampó con su reducida división en la Bastida, sobre la orilla derecha del Garona, enfrente de Burdeos y dominando la ciudad.

En aquellos momentos reinaba allí la más extraña confusión. Mr. de Vitrolles había comunicado á sus amigos de Burdeos, al llegar á esta capital de paso para Tolosa, las instrucciones de Luis XVIII, añadiendo á ellas sus propios consejos. El primer proyecto de los realistas fué defender las orillas del Loira desde Nantes hasta la Auvernia, aprovecharse del terreno montañoso que forma el centro de la Francia entre la Auvernia y las Cevennes para sostenerse en él, y además conservar las dos orillas del Ródano hasta Arles, Marsella y Tolón. Escribieron á los ingleses pidiéndoles armas y dinero, y á Fernando VII para que les enviase soldados españoles. Recurriendo imprudentemente al extranjero de este modo, nuestros puertos quedaban francos al pabellón británico y se exponían á ver de nuevo las escenas de 1793 en Tolón. Pero la necesidad y la pasión no racionan, sobre todo cuando el espíritu de partido se hace la ilusión de creerse patriotismo; y todas sus combinaciones no impidieron que perdiesen el Loira, y una vez perdido, procuraron conservar la línea del Garona prolongada por el canal del Mediodía hasta el Ródano, es decir Burdeos, Tolosa, Nimes Marsella y Tolón. Por otra parte, también hablaban con esperanza de los triun-

fos del duque de Angulema en la orilla del Ródano.

Hallándose en poder de los realistas la línea del Garona, la duquesa de Angulema ponía el mayor cuidado en que no se perdiese, y Mr. Lainé, que corrió al lado de esta princesa, la secundaba en sus deseos, tomando para realizarlos una parte muy activa. Seguramente hubiera sido de desear que en París hubiera Mr. Lainé conseguido ilustrar á los Borbones, evitando por este medio la revolución del 20 de marzo, que no podía ocasionar más que terribles desgracias; pero habiéndose apoderado nuevamente Napoleón del trono de la Francia, y siendo inevitable una última y suprema lucha con la Europa, lo más sensato y más patriótico que hubiera podido hacer, hubiera sido afiliarse á él lo más pronto posible, á fin de poner á su disposición todas las fuerzas nacionales. Algunas personas comprendían esta verdad en la población tan sensata y tan inteligente de Burdeos; pero la masa de los habitantes, irritada por veinte años de sufrimientos, desolada al ver que los mares se cerraban de nuevo para ella, participaba por convicción y por egoísmo de los sentimientos de la duquesa de Angulema y quería sostenerla á costa de su sangre. En esta situación, todo dependía de las tropas y de la conducta que observasen. Las que había en Burdeos consistían en dos regimientos, el 62.º de línea y el 8.º de ligeros, y presentaban exactamente la actitud de la guarnición de Lille, es decir, que trataban á la augusta hija de Luis XVIII con el más profundo respeto, sin ocultar que su corazón latía por Napoleón.

Habiendo acudido Mr. de Martignac á anunciar á Burdeos la llegada del general Clausel, y las proposiciones que le había comunicado, se visitaron los cuarteles, se habló con los soldados, la misma duquesa de Angulema les dirigió la palabra, pero sus respuestas fueron poco satisfactorias. Las tropas declararon unánimemente que no sufrirían que se faltase en nada á la duquesa, pero que no tirarían ni un solo tiro contra el general Clausel ni consentirían que le atacase nadie.

Después de semejante declaración, no había más remedio que ceder y alejarse, y esta fué la opinión de todos los milicianos nacionales de recto juicio. La parte exaltada de la población, regimentada en cuerpos de voluntarios, quería por el contrario que se obstinasen en no ceder, pero no ofrecía ninguna consistencia, y á su vez se hubiera visto en la necesidad de huir después de haber cambiado algunos tiros.

Mr. de Martignac volvió, pues, al lado del general Clausel asegurándole una próxima rendición si no precipitaba los sucesos y dejaba á la duquesa de Angulema el tiempo suficiente para retirarse. El general Clausel, comprendiendo su situación, prometió no moverse de la Bastida, esperando allí que la razón prevaleciese sobre la pasión.

El 1.º de abril ocupaba el lado derecho del Garona y desde allí observaba tranquilamente el tumulto de Burdeos. Enfrente de él, en el lado opuesto del río, la milicia nacional estaba sobre las armas, teniendo cerca de sí las compañías de voluntarios. La noticia de que la duquesa de Angulema iba á salir de la ciudad se divulgó, y los voluntarios exasperados echaban la culpa de esta retirada á la milicia nacional y en particular á ciertos batallones que tenían reputación de ser demasiado moderados. No tardó en estallar la animosidad de unos

y otros; un oficial de la guardia nacional muy estimado fué muerto, y entonces, irritados los milicianos de la violencia de los voluntarios, se pronunciaron en favor de una inmediata rendición. La duquesa de Angulema se embarcó; el general Clausel, á quien se permitió atravesar el puente del Garona, entró en Burdeos, y sin poner en práctica ninguna medida de rigor, restableció en la ciudad la calma y la sumisión á la autoridad imperial.

Mr. de Vitrolles había tratado, como hemos dicho, de establecer en Tolosa un gobierno real que debía estar en contacto con Burdeos, donde trabajaba la duquesa de Angulema, y con Marsella, donde el duque preparaba una campaña ofensiva. Mr. de Vitrolles pidió contribuciones y tropas, formó batallones de voluntarios, y para mandar estos batallones y los escasos destacamentos de línea que había podido retener eligió al mariscal Perignón, que vivía en Langüedoc y que ni por su edad ni por su carácter podía prestar servicios útiles á la causa de la monarquía. A estas medidas añadió Mr. de Vitrolles la creación de un *Monitor*, en el que procuraba negar las noticias favorables á la causa imperial y propagar las que lo eran al restablecimiento de los Borbones. Este pequeño gobierno tolosano intentó, algunas veces con éxito y frecuentemente sin él, expediciones contra las ciudades vecinas, que en vista de las informaciones recibidas de París habían enarbolarado la bandera tricolor. Contaba para sostenerse en aquella región con el socorro de los españoles; pero Mr. de Laval escribió desde Madrid que Fernando VII, muy interesado en favor de la casa de Borbón, se encontraba por su parte en tales apuros que no podía disponer de un solo regimiento. Pero la noticia de la entrada del general Clausel en Burdeos, divulgada instantáneamente, puso fin á la tentativa realista destinada á reunir Burdeos y Marsella. Con efecto, el general conde Delaborde, que tan bien había combatido á los ingleses en España, se hallaba en Tolosa esperando una ocasión para enarbolar el estandarte imperial. El general Chartón, enviado á su lado por el ministerio de la Guerra con poderes extraordinarios para él, le comunicó la orden de hacer desaparecer el fantasma real que agitaba inútilmente aquella comarca. Quedaban en Tolosa los restos del tercer regimiento de artillería que fueron enviados casi en totalidad á Nimes para que se pusieran á las órdenes del duque de Angulema, y habiendo éste creído poco segura una de sus compañías, la mandó volverse á Tolosa. El general Delaborde, aprovechando esta circunstancia, se puso en comunicación, por medio de algunos oficiales de reemplazo, con esta compañía, la convenció de que debía enarbolar la bandera del imperio, y colocándose á su cabeza prendió al mariscal Perignón y á Mr. de Vitrolles hasta que el gobierno decidiera lo que debía hacer con él. Esta pequeña revolución, operada el 4 de abril, no costó ni una gota de sangre é hizo flotar el pabellón tricolor en toda la longitud de los Pirineos desde Bayona hasta Perpiñán.

Quedaban por tranquilizar la Provenza y las dos orillas del Ródano, que el duque de Angulema había logrado dominar y en cuyos puntos parecía llamado á obtener algunos triunfos.

Este príncipe, después de haber visitado las ciudades de Marsella y Tolón y de haber vuelto á Nimes, sobrex-

citó con su presencia al realismo meridional, que ciertamente no necesitaba ser excitado. El mariscal Massena le dejaba obrar, y limitándose á conservar la tranquilidad hasta el momento en que el espíritu de partido pusiese en peligro nuestros puertos, le abandonó una porción de las tropas que mandaba y guardó sólo las necesarias para defender á Tolón y Marsella contra cualquiera tentativa de los ingleses. Confió la custodia de Tolón á los regimientos 69 y 82 de línea, y se llevó á Marsella el 16 para mantener el orden en esta capital, lo que no era fácil en medio de poblaciones incandescentes.

El duque de Angulema, por su parte, salió de Nimes y subió la orilla del Ródano, dirigiendo por el valle del Durance una segunda columna que debía llegar á Grenoble por Sisterón y Gap. El proyecto del príncipe era, si triunfaba en el valle del Ródano, ocupar á Montelimart, Valence, Vienne y en los Alpes á Gap y Grenoble, reunir cerca de Lyon las dos columnas expedicionarias, apoderarse nuevamente de esta capital del Mediodía, y enarbolar detrás de Napoleón el estandarte blanco momentáneamente abatido. Este plan, concebido por los generales Ernouf y de Aultanne, fieles á la causa de la monarquía, no tenía de malo más que los medios de llevarlo á cabo. ¿Podían contar con las tropas, y, en su defecto, las poblaciones exaltadas del Mediodía bastarían á vencer las poblaciones del Delfinado, del Lionés y de la Auvernia, que, aunque menos bulliciosas que las del Mediodía, se habían sin embargo pronunciado en favor de Napoleón y eran tan valerosas como aquéllas? Esta era la cuestión que sólo los sucesos podían resolver, es decir, que no podía decidirse hasta después de haber comenzado al menos la proyectada expedición.

Además contaban con el auxilio del extranjero, y el duque de Angulema despachó un oficial de confianza al rey de Cerdeña pidiéndole algunos miles de piemonteses. El duque de Angulema contaba con los regimientos 58 y 83 de línea, enviados en el primer instante en persecución de Napoleón, y que después quedaron estacionados en el valle del Durance; el 10 de línea, y el 15 de cazadores de á caballo, estos últimos procedentes del Langüedoc. El 10 de línea, mandado por Mr. de Ambrugeac, llevaba el título de regimiento del coronel general, tenía á su cabeza muchos oficiales leales, y aunque en el fondo de su corazón alimentaba los mismos sentimientos que el resto del ejército, no parecía participar de ellos, porque le habían inspirado siempre ideas muy distintas. La presencia del príncipe y el contacto con los voluntarios realistas concluyeron de impulsarle por una senda que no era naturalmente la suya. El 14 de cazadores siguió, pero con más frialdad, á los realistas. A estas tropas se unió un destacamento del 3.º de artillería, regimiento del que una compañía había operado la revolución de Tolosa, y se reforzó este conjunto de fuerzas con compañías de voluntarios recogidos en Nimes, Aviñón, Arles, Aix y Beaucaire. Como desconfiaban de los regimientos de línea, á pesar de sus disposiciones aparentes, trataron de empequeñecerlos y hasta de disolverlos, ofreciendo sesenta francos á cada soldado que quisiera formar en las filas de los voluntarios realistas. De estos últimos hallaron algunos entre los que, habiendo salido de su país hacia ya quince ó veinte

años, se habían convertido en una especie de mercenarios, dispuestos á servir todas las causas, excepto la del extranjero, y se lisonjaban de que estos hombres aguerridos darían á los voluntarios la consistencia de que carecían, no por falta de valor, sino por falta de experiencia de la guerra.

En consecuencia del plan adoptado, se puso el general Ernouf al frente de los regimientos 58 y 83 de línea que habían quedado en la orilla del Durance, y se encargó de dirigir la expedición que remontando este río debía detenerse ante Grenoble. Aumentaron sus fuerzas con algunos voluntarios, y el duque de Angulema con el 10 de línea (coronel general), el 14 de cazadores, cuatrocientos hombres del primer regimiento extranjero y una compañía de voluntarios, entre todos cerca de cinco mil hombres, se reservó la expedición principal, que debía subir por la orilla del Ródano y apoderarse sucesivamente de Montelimart, de Valence y de Vienne. El general Ernouf le prometió no hacerle esperar mucho y llegar á Grenoble al mismo tiempo que él penetrase en Vienne.

El 28 de marzo se apoderó denodadamente el duque de Angulema del puente de Saint-Esprit, dejó en él un destacamento, y el 29 entró en Montelimart. Las poblaciones de estas comarcas, sobre el Ródano inferior, eran con extremo realistas, y sobre el Ródano superior excesivamente bonapartistas; pero como se hallaban divididas, había en cada punto una minoría suficiente para que cada partido pudiese á su vez levantar su voz y aclamar sus principios. El duque de Angulema fué muy bien recibido en Montelimart, y trató de establecerse sólidamente en este pueblo, apoderándose también del puente de Droma.

Al saber este movimiento, las autoridades del Lyonés y del Delfinado reunieron á toda prisa las tropas con que podían contar, que eran escasas, porque casi todos los regimientos habían seguido á Napoleón á París. Tampoco pudieron reunir milicianos, porque aunque animados de los mejores deseos, no eran á propósito para medir sus armas con las tropas de línea. El general Debelle, que salió de Valence con algunos guardias nacionales, procuró sostenerse en el lado opuesto del Droma, y á pesar de sus buenos deseos fué rechazado por el conde Amadeo de Escars que mandaba un destacamento del 10 de línea y algunas compañías de voluntarios confundidos con antiguos soldados. Obligado el general Debelle á atravesar en retirada el Droma se esforzó al menos en conservar el paso, y para esto se propuso defender á toda costa el puente de Loriol.

El duque de Angulema, lleno de confianza, resolvió avanzar desde Montelimart á Valence. Se detuvo uno ó dos días en Montelimart para organizar el país convenientemente á sus intereses, y el 2 de abril trató de forzar el paso del Droma. El general Debelle envió al puente de Loriol al jefe de batallón de artillería Noel, hombre leal que no consintió en volver al servicio activo hasta que se vió libre de sus juramentos por la partida de Luis XVIII. Le confió trescientos hombres del 39, medio escuadrón de guardias de honor y cuatrocientos milicianos de las cercanías. El coronel Noel situó su artillería en el puente con una parte del destacamento del 39 para guardarla, y distribuyó el resto de sus fuerzas á lo largo del Droma para defender los muelles del

río, arriba y abajo de Loriol. Permaneció algún tiempo en esta posición y hubiera logrado detener á los realistas sin un incidente original, que fué en aquella época interpretado de diversas maneras. Los bonapartistas contaban mucho con la defección del 10 de línea y del 14 de cazadores, y estaban prontos á tenderles los brazos á la primera señal de adhesión que diesen. Con efecto, creyendo ser llegado el momento de pronunciarse, algunos soldados del 10 abandonaron su regimiento y se precipitaron hacia el puente con la culata de sus fusiles hacia arriba. Los recibieron fraternalmente y se juzgó que podrían hacer otro tanto con las demás tropas; pero dos compañías del 10 muy bien disciplinadas por sus oficiales dispararon y se lanzaron hacia el puente con la bayoneta calada. Los soldados del 39 sorprendidos se retiraron en desorden clamando contra la traición. Este accidente valió á los realistas la conquista del paso del Droma, y al día siguiente, 3 de abril, entraron en Valence con el duque de Angulema al frente en medio de las aclamaciones del partido realista.

El duque de Angulema se condujo en Valence como en Montelimart; se detuvo el 4 y el 5 para nombrar autoridades adictas á su causa y para esperar noticias de la columna que por Sisterón y Gap debía dirigirse á Grenoble y apoderarse de esta capital; pero el éxito de esta última no había igualado al obtenido por la principal.

El general Ernouf, siguiendo el mismo camino que había tomado Napoleón para llegar á Grenoble, tenía que pasar, para ir del valle del Durance al del Isere, los desfiladeros de Saint-Bonnet que forman una estrecha y larga garganta, en donde la columna de la isla de Elba estuvo á pique de ser detenida. Para evitar este peligro, resolvió el general forzar el paso por dos puntos á la vez. El 58 de línea y algunos realistas á las órdenes del general Gardanne deberían avanzar por el camino real de Gap para sobrecargar á la izquierda y atravesar el desfiladero de Saint-Bonnet, mientras que el 83, bajo el mando del general Loverdo, separándose del camino real antes de llegar á Gap, entrando por una garganta lateral, iría á pasar por Serres y Mens á La Mure, quitando fuerza á la posición de Saint-Bonnet al rodearla. Este plan fué exactamente ejecutado y los dos destacamentos marcharon hacia los puntos indicados mientras que el duque de Angulema avanzaba hacia Montelimart. El general Gardanne, antiguo gobernador de los pajes durante el imperio, servía contra su voluntad á la causa de la monarquía y permanecía á sus órdenes porque temía el resentimiento de Napoleón en vista de la conducta poco consecuente que había observado desde 1814. Se presentó, pues, delante de Gap á la cabeza de unas tropas tan descontentas como él, pero no tan indecisas y esperando una ocasión propicia para cambiar de jefes. En el camino encontraron al alcalde de Gap, que acudió amistosamente á ofrecerles víveres y á manifestarles su asombro al verlos empeñados en una resistencia contra el imperio tan poco natural y tan completamente inútil. Los soldados escucharon sonriendo estas palabras y dándole de ojo se preguntaron si había llegado ya el momento de ceder á sus inclinaciones. Pero las demostraciones de los habitantes que tenían á su alrededor no eran todavía bastante estimulantes para arrastrarlos en su favor.

Al día siguiente penetraron en el desfiladero de Saint-Bonnet y encontraron en el camino á los alcaldes y á los habitantes que acudían á llevarles víveres, pero entonces gritando con toda la fuerza de sus pulmones: *¡Viva el emperador!* No pudieron resistir á este espectáculo y sacando la escarapela tricolor de su mochila, la pusieron en su morrión y se pronunciaron á favor del imperio. El general Chavert tranquilizó al general Gardanne anunciándole que todo el mundo sería perdonado por su anterior conducta, y le decidió á seguir el movimiento de las tropas. Se dejó partir á los voluntarios realistas sin causarles el menor daño, y éstos, acompañados de algunos oficiales fieles, se volvieron al camino de Sisterón.

Mientras que el destacamento del general Gardanne obraba de este modo, el del general Loverdo hacía sobre poco más ó menos otro tanto. El 28, el 29 y el 30 de marzo, el general Loverdo se dirigió con el 83 y algunas columnas de provenzales hacia Serres y San Mauricio, y ya se hallaba próximo á desembocar en La Mure, á espaldas del general Chavert que ocupaba el lado opuesto del que pisaban las tropas del general Gardanne. Allí supo la conducta del 58, y encontró á los generales Gardanne y Chavert dispuestos á convertirle. En los primeros días del desembarco en el golfo Juan, el general Loverdo, cediendo al impulso de sus sentimientos personales, quiso adherirse á Napoleón; pero hallándose después en medio del foco del realismo, se comprometió de tal modo con los partidarios de los Borbones que no podía separarse de ellos honrosamente. Permaneció guardando fidelidad á la causa que había abrazado, y aunque las instancias de los generales Chavert y Gardanne estuvieron á punto de vencerle, volvió pie atrás y se llevó consigo al 83 muy descontento. Al llegar á Sisterón, este regimiento, que le había seguido contra toda su voluntad, desertó en masa y fué á reunirse con el general Chavert en el camino de Grenoble. Los dos regimientos eran, pues, un poderoso refuerzo para los partidarios con que contaba el imperio en aquella comarca y muy pronto iban á ser opuestos al duque de Angulema entre Vienne y Valence.

Mientras que estos tristes sucesos tenían lugar en el seno de la columna que debía apoderarse de Grenoble y reunirse con el duque de Angulema en el camino de Grenoble, ocurrían á sus espaldas otros sucesos no menos graves. El príncipe había dejado en Langüedoc poblaciones animadas las unas por el realismo exagerado, las otras por el espíritu revolucionario y bonapartista. Las noticias de París, dudosas al principio, concluyeron por divulgarse é inspiraron á los partidarios del imperio tanta esperanza como impaciencia en triunfar. El general Gilly, desterrado en Remoulins en las cercanías de Nimes, aguardaba con muchos oficiales de reemplazo una ocasión para sublevarse. Auxiliado por sus antiguos compañeros de armas, llegó á Nimes, se puso en comunicación con el 63 de línea y el 10 de cazadores que el duque de Angulema había dejado en esta ciudad y los decidió á usar la escarapela tricolor. La empresa no fué difícil llevar á cabo, porque no había ninguna fuerza que pudiera oponerse á este movimiento, y apresurándose por otra parte la población protestante á seguir el ejemplo dado por las tropas, la revolución se hizo en Nimes en un instante.

El general Gilly tomó entonces el mando del 63 de línea y del 10 de cazadores, se dirigió hacia el puente de Saint-Esprit y se apoderó de él poniendo en fuga á un destacamento de voluntarios realistas encargado de custodiarle. Así, pues, á espaldas del duque de Angulema se hacía lo que él quería hacer á espaldas de Napoleón, es decir, se destruía su obra á medida que se alejaba.

Abandonado en su derecha por la columna dirigida hacia Grenoble, y amenazado detrás por las tropas que había dejado en Nimes, el duque de Angulema no hubiera tenido probabilidad de salvarse más que pudiendo avanzar y forzando la entrada de Lyon; pero todos los caminos se le cerraban.

El general Grouchy, que llegó á Lyon el 3 de abril, halló á los habitantes presa de una emoción extraordinaria. Con efecto, desde que se supo en el Lyonés, el Franco Condado y la Auvernia que los marseleses se encaminaban hacia Lyon seguidos de muchos habitantes del Mediodía con intenciones hostiles, se operó un movimiento en sentido contrario. Además de la envidia que excitaban las poblaciones meridionales, existían contra ellas grandes preocupaciones en todo el valle superior del Ródano. Las llamaban fanáticas, crueles, devastadoras, y, como era natural, á un poco de verdad unían mucho de calumnia. Pero de todos modos las odiaban tanto como las temían. Así, pues, en el Lyonés y en más de treinta leguas á la redonda se pusieron en movimiento á toda prisa y acudieron á defender á Lyon numerosas compañías de milicianos nacionales. La ciudad, por su parte, dió más de seis mil hombres, y lo menos treinta mil se hallaban en marcha y debían reunirse con ellos. El Delfinado casi en masa se aprestaba á caer como un rayo sobre Vienne y Valence.

El general Grouchy envió la milicia nacional lionesa á Saint-Vallier, destinó al general Piré con el 6.º de ligeros al puente de Romanos á fin de defender el paso del Isere, y por último dirigió á San Marcelino un batallón del 39 con el 83 que acababa de abrazar la causa del imperio. El Isere se encontró, pues, custodiado por todas partes, y el duque de Angulema, que había visto cerrarse á su derecha la ciudad de Grenoble y á su espalda el puente del Saint-Esprit, vió cerrarse ante él á Lyon y formarse un círculo de hierro en torno suyo. En esta situación no tenía más recurso que retroceder lo más pronto posible para volver á Aviñón y tomar el camino de Marsella antes que se lo interceptasen los habitantes del Langüedoc.

El 5 de abril comenzó á batirse en retirada, y el 6 por la mañana evacuó á Valence. Mientras que se retiraba franquearon por todas partes el Isere los lioneses, el 6.º de ligeros y los 39 y 83 de línea. En el puente del Loriol sobre el Droma, el 14 de cazadores abandonó en masa la causa realista. El 3.º de artillería manifestó las peores disposiciones, pero el 10 de infantería (coronel general), rodeado por tres mil voluntarios realistas, se mantuvo algo más fiel. El 7 de abril llegó el príncipe á Montelimart y allí supo que todas las tropas del general Gilly habían atravesado el puente del Saint-Esprit y reforzadas con una división de milicianos nacionales del Delfinado le estorbaban el paso por el camino de Aviñón. Se hallaba evidentemente condenado á caer en manos de Napoleón, y no le quedaba otro recurso de

salvación para sí y los suyos que el de hacer una honrosa capitulación. Envió, pues, el barón de Damas al general Gilly para entrar en negociaciones. Respecto de la persona del príncipe no había ninguna dificultad, y el general Gilly, interpretando por los suyos los sentimientos de Napoleón, opinaba que el duque de Angulema quedase en libertad bajo la condición de salir inmediatamente del territorio francés; pero desgraciadamente los oficiales y los soldados no participaban de su opinión, y por este motivo no se atrevió á ofrecer respecto del príncipe las facilidades que hubiera querido prestarle.

Sin embargo, las condiciones que podían exigirse de una y otra parte eran tan palpables que después de algunos debates se pusieron de acuerdo. Se convino en que el príncipe se retirase libremente hacia uno de los puertos de la Provenza ó del Langüedoc con cierto número de oficiales, embarcándose en él; que las tropas de línea reconociesen la autoridad imperial; que los voluntarios realistas fuesen licenciados después de haber entregado sus armas, y que el dinero y cuanto pertenecía al Estado fuese devuelto á los agentes de la hacienda pública, con lo que desaparecería toda huella de la insurrección realista. Estas condiciones fueron aceptadas y firmadas el 8 de abril por el barón Damas y el general Gilly, salva la aprobación de la autoridad superior, es decir, del general Grouchy, nombrado comandante de las provincias del Mediodía.

Apenas llegó la noticia de esta capitulación á oídos de los milicianos nacionales que habían llegado en masa del Delfinado y que interceptaban el camino de Aviñón, se manifestó entre ellos una oposición de las más fuertes, y pidieron á voz en grito que las condiciones suscritas no fuesen ratificadas. En aquellos momentos el general Grouchy, que había llegado á Valence, descendía hacia Montelimart y Aviñón, á fin de continuar persiguiendo á los realistas.

Al saber el día 9 que el duque de Angulema estaba prisionero y que la suerte del príncipe dependía de sus manos se vió en un gran aprieto. Aunque muy disgustado con los Borbones, recordaba, sin embargo, los lazos que le unían con ellos, y tomar una medida rigurosa contra el duque de Angulema repugnaba á su carácter tanto como á sus recuerdos de familia. Más que apoderarse de su persona hubiera querido llevarle suavemente hacia el mar, como el general Exelmans lo había hecho con Luis XVIII en dirección de la frontera belga. Por otra parte, obrando de este modo, obedecía las instrucciones de Napoleón, que le había dicho: *Alejad al príncipe*. Pero desde el momento en que se hallaba en su poder el duque de Angulema, se veía obligado con arreglo á sus instrucciones á notificar este suceso á París. Así lo hizo enviando un correo á Lyon, para que desde Lyon se pidiesen por telégrafo nuevas órdenes al emperador. El duque de Angulema fué, pues, detenido en el puente de Saint-Esprit con todos los que le acompañaban hasta obtener respuesta de París, siendo tratado con las atenciones debidas á su categoría y á su noble conducta. En el intervalo de estas negociaciones, el 10 de infantería (coronel general) y el 3.º de artillería se pasaron al campo de los imperialistas.

De este modo, la insurrección, después de algunos movimientos sin importancia, espiraba en el Mediodía,

Por el lado de Gap, los generales Ernouf y Loverdo, que habían prometido al duque de Angulema llegar á Grenoble al mismo tiempo que él entrase en Vienne, quisieron, á pesar de los desengaños que habían sufrido, hacer el último esfuerzo para cumplir su palabra. No contando más que con voluntarios realistas, procuraron con ellos dirigirse por el lado opuesto de Sisterón hacia Gap. El general Loverdo acampó el 6 por la noche en la aldea de la Saulce á la entrada de un desfiladero formado por una roca cortada á pico de un lado y del otro por el Durance. Un batallón del 49 defendía con un cañón este desfiladero; y los aldeanos de la comarca, enemigos ardientes de los realistas, se hallaban emboscados en la cumbre de la roca, prontos á dejar caer sobre los sitiadores enormes pedazos de piedra.

El 7 de abril por la mañana, el comandante del batallón del 49 se adelantó entre las dos tropas para parlamentar, y le respondieron con una descarga. En seguida mandó ametrallar la columna del general Loverdo, y entretanto los aldeanos la recibieron á pedradas. Los voluntarios realistas huyeron sin perder un instante, porque aunque no carecían de valor les faltaba la disciplina y la costumbre de pelear. Algunos que quisieron atravesar á nado el Durance fueron fusilados casi á quemarropa; los demás se retiraron hacia Sisterón, dejando en el campo cerca de cincuenta hombres entre muertos y heridos.

Mientras que estas cosas pasaban al lado del Durance, Massena colocado en una posición delicada entre los Borbones, á quienes no profesaba afecto, y Napoleón, á quien apenas estimaba mucho más, pero que en aquellas circunstancias representaba á sus ojos la causa de la revolución, se ciñó al cumplimiento de sus deberes militares. No quiso servir al príncipe ni hacerle traición, y permaneció en Marsella para sostener la tranquilidad pública é impedir todo género de violencias. Habiendo sabido que se proyectaba unir las marinas francesa é inglesa, y que bajo el pretexto de esta unión se trataba de entregar el puerto de Tolón á nuestros rivales marítimos, creyó llegado el momento en que debía pronunciarse. Se dirigió á Tolón, convocó las tropas y mandó enarbolar la bandera tricolor. Después envió un oficial á Marsella y concedió veinticuatro horas á esta ciudad para que echase por tierra el pabellón de la monarquía é hiciese hondear el del imperio. Amenazada por Massena de una parte y de otra por el general Grouchy, Marsella se rindió y con gran pesar suyo proclamó el restablecimiento de la autoridad imperial.

El 10 de abril, toda esta parte del Mediodía se hallaba sometida á Napoleón, reconocido ya desde Antibes á Huningue, desde Huningue á Dunkerque, desde Dunkerque á Bayona y desde Bayona á Perpiñán. El duque de Angulema, detenido en Saint-Esprit, esperaba que se decidiese su suerte, y aunque había desplegado mucho valor, no dejaba de temer, porque juzgaba á Napoleón con todas las preocupaciones de su partido. Por lo demás, conservaba la dignidad que convenía á su alta jerarquía, estaba resignado á todo lo que pudiera suceder y castigado de sus injustas prevenciones con las secretas inquietudes que abrigaba.

Como habrán comprendido nuestros lectores, no corría ningún peligro, y sólo estaba expuesto al fastidio

de esperar el fin de su cautividad en medio de poblaciones violentas, entre las cuales sólo se ponían en evidencia sus enemigos mientras que sus amigos vencidos se habían visto obligados á esconderse.

Napoleón supo el 11 por la mañana el desenlace de los sucesos del Mediodía, la cautividad del duque de Angulema, la capitulación en virtud de la cual este príncipe debía embarcarse en el puerto de Cette, y aprobó sin titubear todo lo hecho, suponiendo en vista de los despachos que había recibido que la capitulación se había ya ejecutado ó estaría en vísperas de ejecutarse. Mr. de Basano escribió, pues, por orden suya que la capitulación quedaba aprobada, debiendo ser cumplida sin obstáculo alguno. Esta determinación, que no se procuró ocultar, hizo que muchos hombres adictos á Napoleón y á la causa que representaba la censurasen ó por lo menos pusiesen en duda su acierto. Sin pretender que debiese vengarse de la orden del 6 de marzo y de la declaración del 13, dijeron que se hallaban comprometidos en una lucha espantosa, que sus pericias serían numerosas y extraordinarias, que muchas personas caras á la Francia podían llegar á verse en poder del enemigo, y respecto del duque de Angulema, sin dejar de guardarle las atenciones debidas, no hubiera sido inútil conservarle en rehenes. Napoleón, sin negar lo que este dictamen tenía de especioso, persistía en hacer contrastar su conducta con la de sus adversarios, y le parecía más ventajoso este contraste que la conservación de la más preciosa prenda. No le pesaba en modo alguno la aprobación que había otorgado, cuando al final del mismo día llegó á sus manos un nuevo despacho noticiándole lo que al principio no había creído, que la capitulación no había sido cumplida todavía y que el príncipe se hallaba detenido en Saint-Esprit.

Como aun podía cambiar de parecer y adoptar el de los que no aprobaban la capitulación, tuvo una larga conversación respecto de este punto con Mr. de Basano. «Quizás debería, dijo, retener al duque de Angulema, conservando de este modo una prenda que pudiera llegar á ser útil en la situación grave y obscura en que todos nos encontramos, pero no adelantaría nada, y vale más enseñar á los soberanos enemigos la diferencia que hay entre ellos y yo.» Este era un orgullo muy oportuno que probaba la necesidad que Napoleón tenía entonces de captarse la opinión pública, y además el progreso en que se hallaban las costumbres después de la sangrienta catástrofe de Vincennes. Confirmó sin perder un instante las órdenes expedidas por Mr. de Basano y mandó insertar en el *Monitor* del día siguiente la carta escrita al general Grouchy, en la que le decía que la real orden del 6 de marzo y la declaración de Viena del 13 le autorizaban á tratar al duque de Angulema del mismo modo que habían querido tratarle á él, pero que no emplearía represalias y que el duque de Angulema podía retirarse libremente como los demás miembros de su familia. Napoleón se limitó á exigir del príncipe la promesa de restituir los diamantes de la corona, pero sin retrasar su partida hasta el cumplimiento de su palabra.

Napoleón experimentó una inmensa satisfacción al saber que los trastornos del Mediodía habían terminado tan pronto y felizmente. Nunca lo había dudado, pero